

CATEQUESIS Y PLENITUD DE VIDA EN CRISTO

ANTONIO CAÑIZARES

Quiero comenzar mi intervención agradeciendo a la Facultad haber organizado este Simposio sobre un tema tan crucial como es el de la escatología y la vida cristiana. Agradezco también al señor Decano y a toda la Facultad la invitación a intervenir en la clausura del mismo. De una manera particular quiero en este momento agradecer la presentación tan cargada de amistad que acaba de hacer el profesor Pedro Rodríguez. Es una larga amistad la que me une con él y con otros profesores de esta Facultad, como Jaime Pujol, y con quien fue un grandísimo apoyo tanto en la Comisión de Enseñanza y Catequesis como en la Comisión Episcopal de la Doctrina de la Fe, el muy recordado y muy querido Alfredo García Suárez.

Mi reflexión, esta tarde será una reflexión hecha como Pastor de la Iglesia. Con una preocupación muy grande por los fieles, por los hombres de hoy, por los cristianos de ahora que, con frecuencia, viven de espaldas de estas realidades últimas como si nunca hubieran de llegar o como si pudiéramos prescindir de ellas. Hablo como Pastor que desea vivamente una fe viva, una fe vigorosa y una fe integral, en nuestro Pueblo. No habrá una fe viva y vigorosa si no hay una fe plena.

Con frecuencia esta fe sufre no pocos recortes en su integridad, y uno de los más importantes es el recorte que se refiere a los aspectos o cuestiones escatológicos. No puede haber cristianismo con vigor, no puede haber comunidades que vivan la frescura de la fe o la fe con ese frescor que da la vida y no puede haber, tampoco, una Iglesia evangelizadora, una Iglesia que tenga un ímpetu para anunciar, con palabras fuertes y verdaderas, el Evangelio, si estas realidades escatológicas pierden vigencia o pierden fuerza en la conciencia y en la vida de los cristianos.

A lo largo de estos días habéis abordado el núcleo de nuestra fe. Viene bien recordar ahora algunos textos que seguramente habrán aparecido una y otra vez a lo largo de estos días. El primero es de la primera carta a los Corintios: «¿Cómo es que algunos de entre vosotros dicen que no hay resurrección de los muertos? Si no hay resu-

resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, inútil es nuestra predicación, inútil es también nuestra fe. (...) Y si tenemos puesta la esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de todos los hombres. Ahora bien, Cristo ha resucitado de entre los muertos, como el primer fruto de los que mueren» (1 Cor 15, 12-14; 19-20).

De cara a la perspectiva en la que me propongo situarme, quiero traer también a vuestra consideración unas palabras de la primera carta a los Tesalonicenses: «Os habéis convertido a Dios abandonando los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero y esperar desde los cielos de su Hijo Jesús —a quien resucitó de entre los muertos— que nos libra de la ira venidera» (1 Ts 1, 9-10). Si esta fe y esta esperanza que testimonia Pablo, y a la que nos llama hoy, también, Dios, se oscurecieran o disiparan, ya no podríamos llamarnos, de verdad, cristianos. Y perderíamos el sabor que nos convierte en sal de una tierra amenazada de insepidez y de falta de sentido verdaderamente humano, para vivir.

Al proclamar nuestra fe —de la Iglesia—, que cree en la resurrección de la carne y en la vida eterna, estamos ofreciendo también, a todos, motivos fundamentales para la renovación de la vida personal y para la regeneración de la convivencia social y el establecimiento de la paz de la tierra nueva en la que se admite la justicia. Solamente podremos aportar una fuerza renovadora y transformadora, que lleve al establecimiento de la paz, si se fortalece la fe en estos artículos de la fe: «creo en la resurrección de la carne, ...creo en la vida eterna, ...creo que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos...».

Porque el don supremo de sí mismo al hombre, por parte de Dios, pleno y definitivo en la vida eterna, es lo que da su justo valor a la vida presente, jerarquiza todos los bienes de la tierra y evita que alguno de éstos pase a ocupar el lugar de Dios como la realidad última u bien supremo. Así se expresaban los obispos de la Conferencia Episcopal Española en aquel documento *La verdad os hará libres*, que ciertamente tiene como base y fundamento esta profesión de fe.

Un tercer texto a tener en cuenta es el del libro del Apocalipsis, en el que el evangelista Juan dice: «...y enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó» (Ap 21, 4). Estas palabras apuntan a una paz que ya no es de este viejo mundo. La muerte, el dolor, el llanto tiene su lugar propio: este mundo mientras éste dure. Y mientras dure, ciertamente, no habrán de faltar ni muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor. Con lo dicho no se menosprecia, naturalmente, los esfuerzos para apagar el odio o la guerra y establecer la paz. Todo lo contrario, los esfuerzos en ese sentido pueden ser anticipaciones, todo lo precarios y provisionales que se quiera, de la paz perpetua que anuncia el Apocalipsis. Por lo tanto,

quien enjugará las lágrimas de los ojos será Dios mismo y no otro. Dios los libraré del odio y la muerte porque pondrá su morada entre ellos; habitará con ellos. Dios en medio de ellos los llenará de su paz, de su luz, de su fuerza, de su libertad, de su vida inmortal, de su dicha y de su amor como a hijos muy queridos en su Hijo. Dios estará con los hombres para siempre en una creación transfigurada y renovada, sin que nada se interponga entre Él y ellos, ni la injusticia, ni la violencia, ni la desgracia ni la muerte. Y así, Dios será todo en todas las cosas.

En estos años se ha debilitado la fe en la resurrección y en la vida eterna. Se han producido demasiados silencios sobre estas afirmaciones del Credo en la catequesis y en la predicación. Con todo ello se ha mutilado la fe cristiana, que se ha visto reducida a una moral. Este es, quizás, uno de los aspectos más graves que nos puede haber ocurrido. Una moral donde es el hombre y la acción humana, y no Dios y su gracia lo que importan; donde lo que importa no es el don de Él y la respuesta personal a ese Dios que sale al encuentro y que está, como origen, guía y meta de todo.

Es un contrasentido declararse cristiano y negar o dejar a un lado la fe en la resurrección y en la vida eterna. Quien cree en Dios tal y como se nos ha dado en su Hijo Jesucristo habrá de creer, lógicamente, que nos salvará de la muerte y nos llenará de su vida inmortal. Dios, en su Hijo Jesús, ya es definitivamente Dios-con-nosotros, y lo será plenamente en la resurrección cuando nos introduzca en la vida. Es ahí donde se muestra la verdad de la Encarnación, de la verdad del misterio, de la ontología misma del Verbo Encarnado. Es ahí donde se muestra la verdad de la gracia, es ahí donde se muestra la verdad de la creación, es ahí donde se muestra la verdad misma del hombre. Por eso es tan grave el silenciamiento de estas realidades. Hablar de estas realidades últimas es, además, hablar de Dios como Dios. De Dios como lo último y lo primero, de Dios como lo sólo y lo único necesario. Dios es el centro. Dios sólo. Si no es así ¿qué sentido tendría evangelizar?

Quien no acepte o deje en la penumbra la victoria de Cristo sobre la muerte y la promesa de los cielos nuevos y la tierra nueva, no cree en el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, en su amor todopoderoso. ¿Qué Dios es ese Dios que dicen creer quienes piensan que no ha vencido a la muerte y que es ella la que tiene la última palabra sobre la vida del ser humano? No es, ciertamente, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Dios verdadero. Porque es precisamente en esa afirmación de nuestra fe —«creo en la resurrección de la carne, en la vida eterna»— donde estamos confesando, también, el primer artículo del Credo: «Creo en Dios Padre», Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre Creador. La fe en la resurrección y en la vida eterna va íntimamente unida a la verdadera fe en Dios. No es una cuestión casual que se hayan dado

simultáneamente el abandono de la fe en las realidades últimas y el crecimiento de la indiferencia religiosa y de la increencia. En algunos casos, se conserva una vaga idea de Dios, origen de todas las cosas, pero Dios deja de estar comprometido, por amor, con su creación. O le es indiferente, o se le ha escapado, sin remedio, de sus manos.

Pueden ser oportunas a este respecto algunas constataciones de la realidad. El último informe sobre la juventud señala que sólo el 23% de los jóvenes españoles dicen creer en la resurrección de la carne. Curiosamente es mayor el número de los que dicen creer en la reencarnación. Esto quiere decir que solamente el 23% de los jóvenes, de verdad, cree en la Resurrección de Jesucristo. Solamente ese 23% hace una confesión de fe que es la confesión de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». El problema realmente es enormemente serio.

Hay que buscar la explicación a este fenómeno. Cuando me presentan o cae en mis manos un material catequético, sobre todo un material catequético para jóvenes, como, por ejemplo, los que están destinados a la confirmación, lo primero que hago es mirar el índice y ver si trata de las realidades escatológicas. Son muy escasos los que lo hacen, y los que lo hacen hablan sólo de los cielos nuevos y la tierra nueva; es decir, digamos para entendernos, de una meta de todo hombre que es resultado de ese esfuerzo humano por secundar la causa de Jesús. Inmediatamente después voy a ver si trata de Dios. Y no trata. De Dios en sí mismo no trata. Del Señor único, origen, guía y meta de lo creado, de Dios creador con frecuencia tampoco tratan. Paso a ver si aborda la cuestión del pecado original y no aparece. Empiezo ya a leer algunos temas para ver si la realidad de la gracia está ahí... y está muy difuminada, habla de gratuidad... pero lo que es la gracia en su sentido ontológico, la acción y la vida de Dios en el hombre no aparece. Paso a analizar cómo trata la resurrección y es, simplemente, una victoria sobre la muerte y una continuación de la causa de Jesús, pero no lo que es la Resurrección de Jesucristo con ese cuerpo llagado, con todo lo que eso quiere decir. Por supuesto que, con esos precedentes, difícilmente se va a encontrar al *Christus* presente in *Ecclesia*. ¿Qué quiero decir con esto? Que en muchos materiales catequéticos lo que cuenta de manera principal es, por supuesto, la presentación de Jesucristo, de Jesucristo en la historia; pero a continuación lo que aparece son las actitudes que nosotros debemos imitar... es, sobre todo, una enseñanza de comportamiento. En el fondo la acción misma, intrahistórica, del hombre.

A partir de ahí, ciertamente que uno comprende perfectamente cómo, después de varios años de catequesis con jóvenes, llegue y se haga un estudio sociológico y digan que sólo el 23% cree en la resurrección de la carne. No estoy siendo exagerado, ni mucho menos. No pretendo cargar tintas ni hacer juicios sino, sencillamente, cons-

tatar, de una manera sobria, una realidad que podéis vosotros constatar al mismo tiempo.

Es expresión de una mentalidad inmanentista. Cuando la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe en 1995 publicó su instrucción sobre «Creo en la resurrección y en la vida eterna», dice, entre otras cosas, como análisis de la realidad, que se da una interpretación del Jesucristo en clave inmanentista. Es decir, tendente a reducir la fe cristiana a una simple estrategia para organizar mejor la vida de este mundo. Y más adelante añade, como expresión, también, de esa cultura, que se nos ha metido como una secularización interna de la propia vida eclesial. El llamado hombre adulto de la modernidad se ha entendido a sí mismo como el constructor prometeico de su futuro, de un porvenir siempre mejor según lo diseñado en diversos programas utópicos, que florecieron en los humanismos laicos que elaboraron un modelo de esperanza secularista o de transcendencia reducida a este mundo.

Son cada vez más los que, aleccionados por el derrumbamiento de grandes utopías y alarmados por las consecuencias indeseables del progreso, han empezado a dudar que el futuro vaya a poder traer nada bueno. Se habla del fin de la historia hoy no en un sentido apocalíptico o escatológico, sino para decir que se perciben como agotados los grandes programas, y que ya no se cuenta con un «hacia dónde», con una meta que confiera finalidad y sentido al camino de la humanidad.

Uno de los resultados de esta crisis de la modernidad, incluso, según algunos, del fin del proyecto moderno —añade el documento— es la difusión de una cierta desesperación. Ahora se trata de orientar todos los deseos del hombre al modesto horizonte de lo cotidiano, a la serena y lúcida instalación en la fugacidad, con la convicción de que, incluso en su obvia precariedad, sólo el presente cuenta verdaderamente.

No es extraño que la cultura descreída, que había juzgado incompatibles el Reino de Dios y el reino del hombre, tienda a revelarse hoy como una cultura desesperanzada. No debe sorprender, ya que es la fe en el Dios de la vida y de la promesa lo que en realidad hace posible la esperanza fundada, la apertura confiada hacia el futuro. Sin embargo, nos preocupan las consecuencias que se derivan de la falta de esperanza para la vida personal y social.

Juntamente con esta realidad, nos encontramos con el hecho de que la humanidad del siglo pasado ha sufrido, ciertamente, muchos engaños y grandes infiernos. Con todo ello, también la realidad del infierno y de la retribución queda difuminada. Es el aquí y ahora, el presente, el acabamiento de nuestros días. Es, también, un no vivir con la serenidad —que no es tristeza, disgusto ni hastío, pero sí seriedad— que da saberse llamado a participar, si se ha actuado responsa-

blemente, en la gloria, o en caso contrario a vivir permanentemente la ausencia de Dios. Esto es algo que realmente no cuenta en nuestro cristianismo, sobre todo en las nuevas generaciones, al menos, en bastantes sectores.

A esto añadimos, por otra parte, el hecho de la aparición de nuevas formas ancestrales de esperanza que tienen que ver con la superstición y la magia, o con la mirada y aceptación acrítica del pensamiento oriental. Y, así, tenemos que una cuarta parte de los jóvenes creen en la reencarnación, o asistimos al crecimiento de las consultas a los horóscopos, los sortilegios y toda una serie de aspectos que, en definitiva, muestran una ausencia de la fe cristiana —católica— en la resurrección de la carne y la vida eterna, en la segunda venida de Jesucristo como juez de vivos y de muertos.

¿Qué es lo que hay que hacer ante esta situación? Son muchas cosas, ciertamente, y sería iluso por mi parte pretender abarcarlas todas, además de que ni siquiera tengo tiempo para intentarlo. Solamente me fijaré en algunos detalles.

En primer lugar, quiero subrayar la necesidad del anuncio fundamental de la Resurrección de Jesucristo. Como en los primeros tiempos de la Iglesia, debemos centrarnos en lo fundamental de este anuncio y la profesión de fe que proclama, como testimonio fiel de la certeza de algo que ha acaecido de manera irrevocable y para siempre, que ha configurado ya a toda la humanidad y nos ha incorporado a esa «nueva» humanidad. Porque Cristo, tras la muerte y el descenso a los infiernos, ha entrado en la casa paterna y ha llevado con Él su humanidad, que es la nuestra. Con su humanidad nos ha preparado el lugar para que nosotros, que somos su cuerpo, podamos participar, también, para siempre, de ese encuentro definitivo del amor de Dios que se ha manifestado, infinito e irrevocable, en la Resurrección de su Hijo.

O, si así se prefiere, dando un paso más: ser conscientes del anuncio y el testimonio de que en la Resurrección de Jesucristo hemos podido acceder a la certeza de que existe Dios. Y de que Dios es un Dios de hombres, es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. La Resurrección de Jesucristo es la Revelación definitiva, la teofanía suprema y última, la respuesta triunfal a la pregunta sobre quién reina realmente, si la vida o la muerte. El verdadero mensaje de la Escatología de la Resurrección de Jesucristo es: Dios existe. Y el que comienza a saber o a intuir qué significa esto, sabe también qué significa ser salvado. La fe en la Resurrección de Jesús viene a decir que *hoy* hay un futuro para el hombre. Que la aspiración a la infinitud, viva en todos los hombres en lo más íntimo de su corazón, tiene una respuesta. El futuro que prometen las utopías intramundanas o los movimientos políticos no es un futuro para el hombre que vive y sufre en este mundo o, al menos, no

es un futuro suficiente. La vida del hombre vale demasiado, su exigencia es tan definitiva que no puede quedar satisfecha con la creación de unas condiciones que posibiliten el futuro mientras él quede privado de su más alta aspiración. A través de Jesús podemos llegar a conocer dónde está la victoria que nos llama a ser también nosotros vencedores con Él y desde Él. El punto omega —que diría Teilhard de Chardin—, Cristo, es una esperanza para nosotros, porque podemos esperar ser asumidos por Él, porque existe la irrevocabilidad del hombre, de la persona humana, que ya no puede desaparecer, precisamente porque existe Dios que ha acreditado toda la Revelación, toda la persona de Jesucristo, a quien ha acreditado, verdaderamente, como el Hijo.

Esta es la clave. Hablamos mucho de la resurrección, pero no de que Dios existe en la resurrección. Incluso se puede llegar a predicar que Cristo ha resucitado, pero sin mencionar que un Dios existe, el Dios que lo ha resucitado de entre los muertos.

Este es —según creo— uno de los aspectos clave en los que debemos insistir en la catequesis. Pero, si se dan cuenta, es sencillamente lo mismo que Jesucristo hizo al comenzar su anuncio: el Reino de Dios es Dios mismo. En esto consiste todo: Dios manifestado, hecho presente en su Hijo Jesucristo Resucitado. El Dios que existe es el que ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos. Decir «Dios existe», decir «Dios ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos», decir «Dios Creador», es, sencillamente, decir la misma realidad, confesar la misma confesión de fe. Esto me parece que siempre, y también en nuestros días, es algo imprescindible para un anuncio y una catequesis y, en definitiva, para una fe.

Teniendo en cuenta cuanto se ha dicho, abordo ahora una cuestión que no es, aunque lo parezca, una simple moda. La creencia en la reencarnación no es, en efecto, una moda, sino que tiene raíces muy hondas, y estas son, precisamente, la ausencia de Dios —del Dios personal— y del hombre como persona; dos carencias que configuran a la cultura hoy dominante. Si Dios con nuestra cooperación no lo remedia, esta creencia aún va a difundirse más en un futuro próximo, como se advierte por la influencia creciente del conjunto de vagas supersticiones encuadrado bajo el epígrafe de «nueva era».

Urge por consiguiente afirmar que Dios es Dios de vivos, urge llevar el anuncio del Dios de la vida. Aludí antes al hecho de que algunos pretenden ser cristianos y, al mismo tiempo, ven totalmente natural el creer en la reencarnación. Pero, aunque a simple vista, parezca que reencarnación y resurrección dicen, en sustancia, algo semejante —en definitiva, la pervivencia del hombre más allá de la muerte— ambos conceptos son absolutamente diferentes.

Dios ha creado al hombre a su imagen. ¿Qué quiere decir esa afirmación? Es tremenda, realmente envolvente, y, sin embargo, a veces, la repetimos con una «alegría» demasiado grande. «Dios ha creado al hombre a su imagen» quiere decir, entre otras cosas, que Dios lo ha creado para ser en el mundo su interlocutor. Dios llama y requiere a todo hombre, a cada hombre, para que le responda y entre en un confiado diálogo de amor con Él.

El encuentro de Dios y el hombre es un encuentro personal entre un tú y un yo, en orden a anudar una comunión de vida y amor. En tal comunión ni el hombre se funde con Dios ni se sume en Él —ni mucho menos Dios en el hombre—, pues en un diálogo de verdadero amor, hombre y Dios permanecen siempre frente a frente. En este diálogo nada ni nadie puede responder por cada hombre. Cada hombre es personalmente responsable de su propia vida ante el Creador. Para Dios, el Único desde siempre y para siempre, cada hombre es, también, único, inconfundible e insustituible.

Por eso, precisamente, es cada hombre una persona. Dios lo ama por sí mismo, por lo que tiene de único, de inconfundible e insustituible. Lo propio del ser humano es estar frente a frente a Dios como su interlocutor; ser responsable ante Él y estar destinado a entrar en su amistad. Por eso, el hombre no puede ser englobado, a la manera de una parte en un todo envolvente, en un hipotético fondo divino de todas las cosas, sea este la corriente de la vida o de la naturaleza, la nación, la raza o algo parecido. Dios en Jesucristo, por amor, se ha comprometido libremente con los hombres de tal manera que no quiere, ni de hecho puede, ser Dios sin ellos. No quiere ni puede ser Dios sin más. Es el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, de cada uno de nosotros. Por eso Dios, ser viviente, el todopoderoso, el todo misericordioso, restaurará para la vida inmortal la persona de aquéllos con quienes, por amor, se vinculó en Cristo para siempre. Dios no es un Dios de muertos sino de vivos. Para la fe cristiana, el cuerpo forma parte de la persona, no es un añadido suyo, algo así como una especie de prótesis. Cada hombre con su propio cuerpo es una persona única y no otra cualquiera. La responsabilidad, pues, de cada hombre no se diluye en una interminable sucesión de reencarnaciones. Para la fe cristiana, la vida ha de responder ante Dios; cada hombre ha de responder con su vida que transcurre una sola vez. De ahí la seriedad, la urgencia y el valor inapreciable de la vida. Esta, pienso, es la única manera verdadera de afirmar la responsabilidad humana, la única de afirmar que el hombre es persona. Y ello, precisamente, es algo original y único, propio de la Revelación de Dios en Jesucristo, al resucitarlo de entre los muertos.

Me parece que este es también otro aspecto clave, de incalculables consecuencias antropológicas, que otorgan a la responsabilidad huma-

na unas connotaciones únicas y que dan a la vida histórica una urgencia, valor y seriedad inapreciables: sólo se vive una vez.

Si el hombre no fuese querido por sí mismo, no sería persona, sería otra cosa. Hoy se habla mucho de la dignidad de la persona, de su libertad y sus derechos, pero en realidad, para muchos, se ha oscurecido el sentido de ser persona. La libertad y la responsabilidad resultan una carga insostenible. Yo creo que esta es una de las razones por las que se admiten tan fácilmente los panteísmos, esoterismos y toda esa serie de supersticiones.

Relacionada con la responsabilidad tenemos también, otra gran cuestión que la catequesis debe abordar y suscitar, como base de una existencia creyente: el hecho de la esperanza, de la virtud teologal de la esperanza. Todo hombre vive de esperanzas. Cuando la esperanza se apaga, al hombre se le cierra el camino, se le acaba la vida, aunque su corazón siga latiendo. El gran anuncio de la Iglesia para el hombre es que el Señor, el Resucitado, está para llegar, y traerá paz, justicia, amor y vida inmortal. Así, Dios será todo en todos. Dios que está por venir es la razón última de nuestra existencia. Es una esperanza que no decepciona, porque al darnos el Espíritu, Dios ha inundado de esperanza nuestro corazón (cfr. Rm 5). Dios no retirará su amor, como no se recoge el agua derramada. Dios ha empeñado su amor para siempre, nos ha entregado por amor a su propio Hijo y lo ha resucitado de entre los muertos. El amor de Dios en su Hijo llevará a término lo que por el Espíritu ya ha comenzado.

Al hablar de esperanza y hacerlo en el año 2001, es bueno recordar lo sucedido en la historia hace una década, como cambio de trascendental importancia. Tal vez estemos aún muy próximos y no nos demos cuenta de toda su importancia. Me refiero a la caída del comunismo. Con esta caída, la Esperanza —así, con mayúsculas— ha muerto en el corazón de muchos hombres. Se ha dado una gran decepción. Muchos no creen que las cosas puedan ser de otro modo distinto como son, han sido y serán. Se contentan, resignados unos y satisfechos otros, con disfrutar de las pequeñas cosas y satisfacciones de cada día, tratando de solucionar los problemas que van llegando, y de sortear y aguantar, como puedan, los sufrimientos de la vida. Para muchos, la historia, como se ha dicho, ha terminado. No avanza hacia una justicia, una igualdad, una fraternidad y libertad completas. Estamos —así piensan—, de alguna manera, como «empantanados» en lo de siempre. Pero mientras se proclama con un cierto orgullo que al fin nos hemos liberado de falsas ilusiones, la mayor parte de la humanidad muere de injusticia y de hambre.

El siglo pasado, y el comienzo de éste, ha estado marcado por la voluntad de llegar a una sociedad perfecta, liberada de toda injusticia

y explotación, a una humanidad nueva. Habría llegado el tiempo en que el hombre iba a ser dueño de su propia historia, pudiendo dominar la naturaleza y ordenar las relaciones humanas con un orden plenamente racional. Pero este gran experimento ha fracasado: se volvió contra el propio hombre. Matanzas que no han cesado, cincuenta millones de abortos anuales, sufrimientos infinitos, negación de libertad, oscurecimiento casi total de la verdad, devastación de la naturaleza... llenan el siglo que ha acabado. Este gran experimento, que no sólo fue del comunismo, ha probado que el hombre solo no es dueño total de la historia ni de su vida, y que no puede pretender ser como Dios. Y sin embargo el hombre no puede dejar de esperar, no puede vivir resignado y satisfecho simplemente con lo que hay, y si lo consigue es al precio de desentenderse de tanta muerte y miseria; es decir, de mutilarse en su humanidad. Pero tampoco puede volver a caer en la falsa ilusión de construir, por sus propias fuerzas y dentro de la historia, una humanidad perfecta.

El Señor que viene nos urge a vivir abiertos al don de su gracia, porque la salvación no será en la mera continuación de nuestros esfuerzos, sino en la irrupción, o mejor, en el acabamiento y consumación de lo que haya sido dado, en medio de nuestra historia: el derroche de amor, gracia y sabiduría de Dios en su Hijo Jesucristo. Y esto nos abre a un aspecto clave, también en la catequesis, muy subrayado por el Papa en *Novo Millennio ineunte*: la necesidad de la gracia. Sin la gracia, no hay esperanza. Sin la gracia, el hombre vive en su soledad. Decir gracia es decir Redención; decir gracia es decir irrupción de Dios en la historia, totalmente inmerecida por nuestra parte y completamente gratuita, por amor.

Incorporarnos a esa gracia, que es su vida, que es su comunicación, que es su presencia viva, es incorporarnos a la humanidad de su Hijo Jesucristo y, por ello, a la humanidad misma de Dios. De cara al futuro, la catequesis y la Iglesia de nuestros días ha de anunciar, ha de predicar, ha de vivir pendiente y ha de dar testimonio de la llegada de Cristo, de la venida de Jesucristo al final de los tiempos. Por eso, la Iglesia debe vivir en la esperanza y la tensión del *maranatha*. A una humanidad desalentada, a una humanidad sin esperanza, esto le devolverá el aliento y la posibilidad de ponerse en camino hacia esos cielos nuevos y esa tierra nueva donde Dios será todo absolutamente en todos, y donde se consumará, de manera definitiva, la alianza de Dios con los hombres: «Yo estaré con ellos, y estaré para siempre».

Por eso creo que este es un momento de esperanza, de una esperanza grande para la Iglesia, al poder ofrecer a la humanidad un bien tan grande, esa misma esperanza, que no podemos sino vivir con la alegría y el gozo que ello comporta.

Y acabo con un último punto: la necesidad de que la Iglesia, la catequesis, la predicación, la enseñanza y la vida cristiana se alimenten de esa fe en la esperanza en Dios; fe en la retribución y en la bondad con que se ha de responder ante ese desbordamiento de gracia, de amor y de perdón que entraña la Encarnación, Muerte y Resurrección de su Hijo Jesucristo. Es deber nuestro volver a anunciar la recompensa eterna para los buenos y recordar, también, el riesgo de la perdición eterna para los malvados. Recordar la gloria y el infierno —además de la fidelidad al Credo de nuestra fe— supone una contribución decisiva a la convivencia humana, cada vez más amenazada por los demonios del dinero, el poder, el egoísmo y la prevaricación. Es, sencillamente, la consecuencia de reconocer que Dios ha resucitado a su Hijo Jesucristo, que es Dios. No son los pícaros, ni los malvados quienes tienen la última palabra. La última palabra la tiene el Dios Justo, la Suprema Justicia. Esto es lo que ha acaecido y se ha hecho patente en la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, el primero de todos los hombres.

Por eso, el aspecto social de los novísimos —muerte, juicio, paraíso, infierno— es un tema de actualidad, en un momento en que algunos sectores de la Iglesia los tratan —si los tratan— casi avergonzados, pensando que su contribución a los hombres consiste en decir y hacer aquello que el mundo sabe decir y hacer mejor que nosotros, desde hace más tiempo. Con el Resucitado, el cristiano, a menos que desee renunciar a su fe, no puede creer que los comportamientos culpables limiten sus consecuencias a este mundo, a esta vida. Sería como reconocer que Dios no existe. Al contrario, no se puede hablar de pecado sin que ello remita al día en que el Justo Juez dará a cada uno según sus méritos o faltas.

En este sentido, nuestra evangelización —como dijo recientemente el Cardenal Ratzinger en el Jubileo de los catequistas y profesores de religión— debe anunciar el juicio: «El anuncio del Reino de Dios es el anuncio del Dios presente, del Dios que nos conoce y nos escucha, del Dios que entra en la historia para hacer justicia». Esta predicación es, por lo tanto, anuncio del juicio, anuncio de nuestra responsabilidad. El hombre no puede no hacer lo que quiere. Él será juzgado, él debe dar cuenta de sus actos. Esta certeza tiene valor tanto para los poderosos como para los sencillos. Donde esta certeza sea respetada, están trazados los límites de todo poder en este mundo. Dios hace justicia y sólo Él puede hacerla, al fin de cuentas. Esto lo lograremos cuanto más seamos capaces de vivir bajo los ojos de Dios y de comunicar al mundo la verdad del juicio.

De esta manera, el artículo de fe del juicio, su fuerza de formación de las conciencias, es un contenido central del Evangelio y es, verdaderamente, una buena nueva. Lo es para todos aquéllos que sufren la

injusticia del mundo y buscan justicia. Se comprende, así, la conexión entre el Reino de Dios y los pobres, los que sufren y todos aquéllos de los que hablan las Bienaventuranzas del discurso de la montaña. Estos están protegidos por la certeza del juicio, por la certeza de que hay justicia. Las injusticias del mundo no son la última palabra en la historia. Hay justicia. Sólo quien no quiere que haya justicia puede oponerse a esta verdad.

Si tomamos en serio el juicio —añade el cardenal— y la seriedad de la responsabilidad que implica, comprenderemos bien el otro aspecto de este anuncio, es decir, la Redención, el hecho de que Cristo en la cruz asume nuestros pecados. Dios mismo, en la pasión del Hijo, se hace abogado de nosotros, pecadores, haciendo, así, posible la penitencia, dando esperanza al pecador arrepentido, esperanza expresada de manera maravillosa en las palabras de S. Juan: «delante de Dios tranquilizaremos nuestro corazón, cualquier cosa que el corazón nos reproche». Dios es más grande que nuestra conciencia y todo lo conoce. La bondad de Dios es infinita, pero no podemos reducir esta bondad a algo melindroso, sin la verdad. Sólo creyendo al justo juicio de Dios, sólo teniendo hambre y sed de justicia, abrimos nuestro corazón y nuestra vida a la misericordia divina.

No es verdad que la fe en la vida eterna hace insignificante la medida de nuestra vida terrestre. Por el contrario, sólo si la medida de nuestra vida es la eternidad, también la vida sobre la tierra es grande, en un valor inmenso. Dios no es otro concursante de nuestra vida, sino Aquel que garantiza nuestra grandeza. De esta manera, llegamos a este punto central, que es siempre punto de partida y de llegada, que es Dios mismo.

Así acaba el cardenal su exposición: «Si consideramos bien el mensaje cristiano, no hablaremos de muchas cosas. El mensaje cristiano es, en realidad, muy simple: hablemos de Dios y del hombre. Y así lo decimos todo». Eso es lo que, precisamente, expresamos cuando decimos «creo que vendrá como juez de vivos y muertos, creo en la resurrección de la carne, creo en la vida eterna». No estamos hablando de otra cosa que de Dios y del hombre. De Dios que ha querido hacerse inseparable del hombre en el acontecimiento de la Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de su Hijo; y del hombre que es admirablemente creado por Dios a imagen y semejanza suya, pero que más admirablemente aún lo ha redimido, lo ha rescatado para incorporarlo a la filiación única de su Hijo, en esa humanidad de su Hijo, que es nuestra propia humanidad.

Muchas gracias.